



MODA TÓXICA

Si tu camiseta dice “Hecho en India”
podrías haber contribuido a una
mortífera crisis ambiental.

POR **ADAM MATTHEWS**



A

L ACERCARSE POR TIERRA al enorme dique de Orathupalayam, uno se da cuenta rápidamente de que algo anda muy mal. A una distancia de tres kilómetros del dique, los exuberantes arrozales, cocoteros y platanales que han caracterizado esta parte del sur de India repentinamente dan paso a un terreno rojo, seco y brillante, cubierto aquí y allá por maleza. El río Noyyal, que solía ser limpio y transparente, ahora corre espumoso y verde, contaminado con los líquidos tóxicos vertidos por la colosal industria textil, ubicada a 32 kilómetros al oeste, en Tirupur.

A primera vista, Tirupur, también conocida como “ciudad textil”, parece ser un ejemplo de cómo la globalización puede mejorar al mundo en vías de desarrollo. La industria textil en Tamil Nadu, el estado en el sur de India, genera miles de millones de dólares anualmente, da trabajo a aproximadamente medio millón de personas y exporta ropa a Europa y Estados Unidos. Si tienes una camiseta marca Gap, Tommy Hilfiger o Walmart que diga “Hecho en India”, es muy probable que haya sido producida allí.

Los contribuyentes estadounidenses han desempeñado una función clave para convertir Tirupur en un importante centro de fabricación. En 2002, el Organismo Estadounidense para el Desarrollo Internacional (USAID, por sus siglas en inglés) prestó 25 millones de dólares al gobierno de Tamil Nadu y a un grupo local de la industria textil, la Asociación de Exportadores de Tirupur, para financiar un nuevo sistema de suministro de agua. Esto desencadenó una gran cantidad de inversión en el proyecto; posteriormente, un consorcio local aportó 220 millones de dólares adicionales. En un comunicado de prensa emitido en 2006, el consulado estadounidense en Chennai explicó que, antes de la intervención estadounidense, la industria local “contaba con muy poca agua, un elemento muy importante para teñir y blanquear”. Como una nota adicional, en el comunicado se señalaba que los miles de habitantes de los barrios pobres de la zona finalmente podían tener acceso a agua corriente tratada.

El proyecto de USAID, que llevó agua limpia desde un trecho del río Noyyal en una región de cultivo cercana, contribuyó al auge de la industria local. Entre 2002 y 2012, las importaciones estadounidenses de ropa de punto proveniente de India aumentaron de 571 millones a 1250 millones de dólares, y cerca de 56 por ciento de esas prendas provenían de Tirupur. Pero todo ese crecimiento ha tenido consecuencias devastadoras para el ambiente y las personas que viven en la zona.

A principios de abril de 2013, me reuní con Chelliappan Udayakumar, el líder de la Asociación de Granjeros de Orathupalayam, cerca del dique del mismo nombre. Durante generaciones, la familia de Udayakumar cultivó esta región, sembrando productos locales como arroz, plátano, coco y cúrcuma. “Había buenos trabajos y una buena vida”, señala Udayakumar. Ahora “no hay cultivos en la tierra, no hay

ingresos". El estilo de vida de agricultura en pequeña escala que caracterizó durante siglos a la región se ha "desplomado completamente", dice.

Me llevó a recorrer el pueblo de Orathupalayam, un pequeño poblado en la base del dique. Casas de ladrillo abandonadas pintadas de color azul claro y cubiertas con techos de tejas rojas dominaban la plaza principal. Las placas en las casas conmemoraban su construcción: la mayoría de ellas datan de fines de la década de 1980, cuando comenzó la construcción del dique. Veinticinco años después, Orathupalayam es uno de los más de sesenta poblados que se han transformado en pueblos fantasma.

Se suponía que el dique modernizaría las prácticas de irrigación agrícola en Tirupur. Pero a mediados de la década de 2000 el agua estaba tan saturada de químicos, sales y metales pesados que los agricultores locales pidieron al Tribunal Superior de Madrás, el tribunal superior de Tamil Nadu, que no dejara correr el agua en sus campos. El agua volvía inservibles las tierras de cultivo locales y enfermaba a los habitantes. En 2002 y 2003, una universidad local estableció tres campamentos para examinar los efectos de salud de las toxinas aguas abajo. En uno de los campamentos, los médicos descubrieron que cerca de 30 por ciento de los lugareños presentaban síntomas como dolor de articulaciones, gastritis, problemas respiratorios y úlceras, todos ellos relacionados con enfermedades transmisibles por el agua. En un estudio realizado en 2007 por una organización no gubernamental local se descubrió que las 729 unidades de teñido de Tirupur vertían diariamente en el río Noyyal 87 millones de litros de agua residual principalmente sin tratar, y que la mayoría de ella se concentraba en la represa del dique de Orathupalayam. Cuando los funcionarios finalmente descargaron el dique a mediados de la década de 2000, se encontraron cuatrocientas toneladas de peces muertos en el fondo.

CÓMICAMENTE CORRUPTO

Un par de semanas después de que visité Tirupur, el 24 de abril de 2013, el Rana Plaza, un complejo de ocho pisos de fábricas de ropa en Dhaka, Bangladés, se derrumbó y sepultó a más de mil cien trabajadores entre los escombros. Mientras los muertos dominaban los noticieros, marcas como Wal-Mart Stores Inc. y United



CIUDAD TEXTIL: Tirupur, India (abajo), alberga muchas de las fábricas donde se tiñe la ropa que se vende en el resto del mundo. Los químicos que se usan para blanquear (derecha), y para teñir telas han destruido las fuentes de agua locales.

Colors of Benetton defendieron momentáneamente sus registros de trabajo y de seguridad. Los activistas convocaron a realizar boicots, y el presidente estadounidense Barack Obama incluso revocó el derecho de Bangladés a exportar ciertos artículos textiles a Estados Unidos sin pagar aranceles.

El Rana Plaza hizo eco entre los consumidores estadounidenses. Después de todo, hasta las mujeres bangladesíes que ganaban menos de dos dólares diarios merecían ir a trabajar por la mañana, confiando en que seguirían vivas por la noche. Pero aunque el desastre obligó a los occidentales a darse cuenta de las penurias de quienes fabrican su ropa, una crisis ambiental más grande en la región continuó pasando inadvertida, a pesar de afectar a muchos cientos de millones de personas.

De acuerdo con Yixiu Wu, quien dirige la campaña "Desintoxica mi moda" de Greenpeace, el procesamiento de un par común de vaqueros requiere siete mil litros de agua; las camisetas requieren 2706 litros. Y después de pasar por todo el proceso de fabricación, toda esa agua suele terminar horriblemente contaminada. Actualmente, la industria textil es el segundo mayor contaminador de agua limpia después de la agricultura, y tiene un enorme efecto en las personas de Asia. En gran medida, esto se debe a que durante las últimas dos décadas, las marcas de ropa estadounidenses han trasladado a Asia la producción que anteriormente se realizaba en Estados Unidos. La Asociación Estadounidense de Indumentaria y Calzado calcula que sus miembros subcontratan la fabricación de 97 por ciento de su ropa, más de 75 por ciento, a Asia. "En pocas palabras, somos una nación de 330 millones de importadores", señala el grupo comercial.

El beneficio para el consumidor estadounidense está claro: simplemente acude a un centro comercial cercano y entra en una tienda H&M, Uniqlo, Gap o a cualquiera de las demás tiendas de moda informal, y revisa las etiquetas de ropa. Es probable que indiquen que las prendas de vestir fueron hechas en Camboya, Laos, Indonesia, China o Bangladés; todos estos países compiten para hacer que una camiseta cueste sólo cinco dólares a los estadounidenses y a los europeos, pero impone una pesada carga a las personas de los países de origen. Cerca de las aguas muy contaminadas como el río Buriganga de Bangladés y el río Mekong de Camboya, las granjas para el consumo propio están muriendo, el agua potable se ha vuelto tóxica y los habitantes ahora están en riesgo de sufrir graves enfermedades, todo ello como consecuencia de la fabricación de ropa a escala industrial.

El núcleo de este desastre ambiental y de salud lo constituye el pésimo estado de las instituciones reguladoras en gran parte del sur y el este de Asia. El Índice Anual de Percepción de la Corrupción de Transparencia Internacional muestra un panorama desalentador: Camboya y Birmania (dos de los países cuya industria textil ha tenido recientemente un mayor auge) están empatados con Zimbabue en el número 156 de un total de 175 países clasificados, mientras Laos y Bangladés están empatados en el lugar 145. India está clasificada en el sitio 86, pero incluso allí los derechos humanos y la preservación ambiental suelen pasar a segundo término con respecto a la necesidad de proporcionar un entorno de negocios que pueda competir con países más corruptos.

En un estudio realizado en 2013, el erudito ecologista indio Geetanjoy Sahu investigó los distintos consejos estatales de control de la contaminación, responsables de regular el impacto ambiental de toda clase de industrias, entre ellas, la textil. Sahu recurrió a los datos recopilados a través de la Ley del Derecho a la Información (similar a la ley de Libertad de Información de Estados Unidos) y descubrió que dichos consejos generalmente carecían de una financiación adecuada y de personal suficiente, y que eran dirigidos por políticos sin conocimientos científicos.

Los consejos de control de la contaminación de dos estados indios con salida al océano frecuentemente mencionados como modelos de desarrollo (Tamil Nadu y Gujarat) son especialmente corruptos. Por ejemplo, en un informe que Sahu publicó



Cerca de 30 por ciento de los lugareños presentaban síntomas como dolor de articulaciones, gastritis, problemas respiratorios y úlceras, todos ellos relacionados con enfermedades transmisibles por el agua.

en 2008 se explica a detalle cómo el Consejo de Control de la Contaminación de Tamil Nadu (TNPCB, por sus siglas en inglés) no detuvo la enorme expansión de la contaminación de las curtidurías de cuero. En febrero de 2015, el muro de un pozo que alojaba desechos de una curtiduría se derrumbó, y diez empleados se ahogaron en lodo tóxico. La planta había sido aprobada por dos inspectores del TNPCB, que fueron arrestados y encarcelados por presuntamente recibir un soborno de más de 3000 dólares para aprobar la licencia de la fábrica. Los dos hombres enfrentan cargos en un tribunal local de Tamil Nadu por tres acusaciones de corrupción, riesgo imprudente, negligencia y homicidio involuntario sin premeditación. Un funcionario de alto rango también está siendo investigado.

Pamela Ellsworth, presidenta del Programa de Gestión de Moda Global del Instituto de Tecnología de la Moda y experta en cadenas de suministro, afirma que el problema central es que las personas en Estados Unidos y Europa esperan obtener, al mismo tiempo, un precio bajo y corporaciones responsables, y que los márgenes que requieren las compañías de ropa hacen que a los proveedores les resulte difícil cumplir los códigos de conducta de los distribuidores corporativos sin dejar de obtener ganancias. “Al final tendremos que entrenar a los consumidores a pagar más por su ropa”, dice.

“No puede seguir siendo el único producto primario que baja de precio cada año.”

AGUA EMBOTELLADA NO APTA PARA BEBER

Después del desastre del Rana Plaza, la industria textil de India se ha presentado como una alternativa sostenible y más segura en comparación con Bangladés. El 19 de septiembre de 2013, la Asociación de Exportadores de Tirupur y el Consulado indio en Nueva York coauspicieron un evento en el distrito de la industria de la confección de Manhattan, a poca distancia de la Calle 34, la zona de la moda informal. El evento fue diseñado para atraer pedidos de marcas de ropa estadounidenses, y el mensaje era simple: fiascos como el del Rana Plaza no ocurrirán en India.

“La industria textil en India está orientada a cumplir

con las leyes, y seguimos todas las reglas del juego”, declaró al *Press Trust of India* Arumugam Sakthivel, que en ese momento era presidente de la asociación.

Sinnathamby Prithviraj no lo cree así. El regordete activista social, que luce bigote y un gran copete, es uno de los principales críticos de la industria textil local. Ha luchado durante años para divulgar (y acabar con) las prácticas contaminantes de la industria. En 2007, después de una lucha legal de una década para cerrar las unidades de teñido que infringían descaradamente las reglas de contaminación para abastecer a importantes marcas estadounidenses, Prithviraj y un grupo de agricultores ganaron una decisión de la Suprema Corte de India para cerrar cualesquier unidades de teñido que no hubieran reducido a cero su descarga de líquidos contaminantes. Pero el sistema jurídico de India se mueve despacio. La Asociación de Teñidores de Tirupur presentó una apelación tras otra, y los teñidores continuaron trabajando durante todo ese lapso, a pesar de estar en desacato con la decisión del tribunal.

Mientras tanto, conforme aumentaban los pedidos de marcas muy importantes como Gap y Walmart, también crecía la descarga de agua residual cada vez más tóxica. Entonces, en 2011, en lo que parecía un triunfo para los ambientalistas, la Suprema Corte de India ordenó a la compañía de electricidad de Tamil Nadu que cortara el suministro eléctrico a cualesquier unidades de teñido que estuvieran en desacato. La mayoría de las

fábricas no pudieron ajustarse a los requisitos y terminaron cerrando.

Pero esta resultó ser una victoria pírrica para Prithviraj y sus agricultores. Surgieron teñidores ilegales en distritos remotos, y pronto el problema de la contaminación de la industria textil de Tirupur se extendió a escala estatal. En Namakkal, un distrito adyacente donde los inspectores están en un juego del gato y el ratón para cerrar las unidades de teñido ilegales, M. Murugan, el ingeniero ecologista del consejo local para el control de la contaminación, admite que libra una batalla perdida. “Muchas unidades son pequeñas, móviles y pueden funcionar sin electricidad”, dice. Durante los últimos dos años, el consejo para el control de la contaminación de Namakkal ha realizado, en promedio, una o dos incursiones por mes. “En última instancia, si demolemos [la industria del teñido] en Namakkal, surgirá de nuevo en algún otro lugar”, dice.

En abril de 2013, Prithviraj me dijo que no estaba seguro de qué hacer después. “Aunque ganamos el caso, en la práctica lo perdimos. No tenemos la capacidad de supervisión ni los recursos humanos para vigilar lo que ocurre ilegalmente.” Y añadió que India es “un país donde puede hacerse cualquier cosa en forma ilegal”.

Al día siguiente, Prithviraj me envió con su conductor para ver qué tan ilegal podría llegar a ser la industria. Durante cerca de una hora, mi fotógrafo y yo husmeamos alrededor de una zona industrial dirigida por el gobierno que alojaba varias fábricas textiles. Pero mientras yo recogía muestras de agua del río, el fotógrafo se apartó al otro lado de un puente para tomar fotografías de una fábrica cercana, que suponía que estaba vertiendo desechos ilegalmente en la zanja frente al edificio. Entonces, varios hombres empezaron a acercarse a nosotros desde varias direcciones. Corrí hacia el automóvil para evitar una confrontación; el fotógrafo parecía menos preocupado y continuó tomando fotos.

Le grité que se apresurara y que abordara nuestra SUV, pero me hizo un ademán con la mano y caminó lentamente hasta el vehículo. Una gran multitud se reunió. Un minuto después estábamos atrapados. Uno de nuestros perseguidores, un hombre musculoso de unos treinta años, con la cabeza rapada y una limpia camisa a rayas,

El muro de un pozo que alojaba desechos de una curtiduría se derrumbó y diez empleados se ahogaron en lodo tóxico.



bloqueó el paso de nuestro automóvil con su cuerpo. Un hombre más viejo se le unió y sacó una tarjeta que decía que era inspector del TNPCB. Nuestro conductor, que había visto muchas de esas tarjetas, le dijo inmediatamente que era falsa. Pero el hombre con la cabeza rapada se hizo cargo, advirtiéndonos que debíamos tener “los permisos correspondientes para estar aquí”. Se presentó a sí mismo como “un dirigente político local”. Descubrimos después que era Jagadesh Np, uno de los propietarios de Spencer Apparel, una empresa de teñido que fabrica ropa para Westside, una cadena de tiendas departamentales de India.

Cuando llamé a Spencer Apparel, me respondió un hombre que se identificó como Rajesh Np, el hermano de Jagadesh. Al principio, gritó, preguntando airadamente por qué habíamos entrado en los terrenos de la zona industrial del gobierno sin un permiso especial. Después de hablar durante varios minutos, cambió de táctica, invitándonos de repente a volver. “Puedo darle una explicación detallada acerca de todo y mostrarle todo para que pueda escribir un muy buen artículo”, dijo. Y prometió que, “en Tirupur, la mayoría de nosotros hacemos teñidos amigables con el medioambiente. Todo es inofensivo”.

Pero como señala Vidiyal Sekar, un exmiembro de la asamblea legislativa del Estado de Tamil Nadu que representa a Tirupur, “80 por ciento de los teñidores no vierten sus desechos apropiadamente”. Sekar no habló directamente de las prácticas de Spencer Apparel. Pero añadió que gran parte de la culpa la tienen, de cualquier forma, los funcionarios del TNPCB: “Lo único que hacen los oficiales del departamento de combate a la contaminación es tomar mucho dinero de estas pequeñas fábricas y permitirles operar libremente”. El TNPCB, dice Sekar, es “100 por ciento corrupto”.

La falta de rendición de cuentas significa que es casi imposible averiguar cuáles compañías operaban legalmente plantas de teñido y cuáles no. En junio de 2013 hablé muchas veces por teléfono con S. Balaji, el entonces secretario del TNPCB, que se mostró categóricamente evasivo. En julio de 2013, H. Malleshappa reemplazó a Balaji. Malleshappa tampoco respondió a ningún mensaje telefónico de *Newsweek*. A fines de 2013, un grupo de ambientalistas lanzó una demanda judicial de interés público para destituir a Malleshappa, afirmando que era incompetente. Finalmente, Malleshappa dejó el puesto, poco después de un incidente en el que se encontraron casi mil plantas ilegales de agua embotellada en su distrito. Gran parte del agua no era apta para el consumo humano. A pesar del escándalo, Malleshappa permanece en un puesto de poder: ahora dirige el Departamento del Medioambiente del estado. Su reemplazo en el TNPCB, K. Karthikeyan, tampoco duró mucho. Fue obligado a renunciar cuando un periodista reveló que Karthikeyan había sido investigado por corrupción cuando fue nombrado.



+ **EL COLOR DEL DINERO:** Los ríos que rodean Tirupur suelen ser rojos o morados debido a las aguas residuales de las fábricas cercanas, como las del Netaji Apparel Park, que son el motor económico de la ciudad.



+ **TODO CAE:** Las pésimas condiciones de trabajo en la industria textil surasiática han producido demasiados desastres, como el derrumbe de este edificio fabril cerca de Dhaka, Bangladés, ocurrido en 2013.

Mientras tanto, de acuerdo con la información más reciente disponible en el sitio web del TNPCB, Spencer Apparel no tiene permiso para dirigir una unidad de teñido. Tampoco lo tienen muchas otras compañías que operan en Tamil Nadu. Raagam Exports, por ejemplo, ha fabricado prendas desde hace mucho tiempo para la marca española de ropa informal Desigual y otras marcas europeas. Después de que se le ordenó oficialmente detener sus operaciones en 2011, Raagam, junto con otras doce grandes unidades de teñido de Tamil Nadu, apeló al Tribunal Nacional Verde de India, el principal tribunal ecologista del país, afirmando que habían obtenido el permiso del ingeniero ambiental del distrito de Tirupur para reanudar sus operaciones. Pero el tribunal descubrió que solamente la oficina central del TNPCB en Chennai podía otorgarles el permiso para volver a abrir y que aún no habían conseguido una descarga cero de líquidos para obtener ese permiso. En octubre 2011, el tribunal desestimó los argumentos de Raagam.

Borja Castaneda, director de comercialización de Desigual, dice que la compañía ha trabajado con Raagam desde 2012. “Tienen una licencia temporal para dirigir la unidad de teñido”, escribió Castaneda en un correo electrónico enviado a *Newsweek*. “Esta licencia ha sido renovada anualmente (incluyendo la correspondiente a 2015), pues aún está pendiente recibir la licencia final”. Sin embargo, Desigual no pudo proporcionar documentación de la concesión de licencia. Tampoco pudo enviar documentación de las auditorías que afirma realizar con regularidad. “Desafortunadamente, estos documentos son confidenciales”, declaró Castaneda.

Raagam Exports tampoco pudo proporcionar pruebas de su licencia para operar; en su sitio web existe una sección de “acatamiento”, pero no incluye ninguna concesión de licencia por parte del TNPCB. Y en el sitio web del TNPCB no se proporciona nada que pueda ayudar a averiguar si Raagam tiene licencia actualmente. Mientras tanto, la compañía sigue enviando ropa a marcas internacionales; por ejemplo, en julio de 2015, Desigual recibió su envío más reciente por parte de Raagam, casi 118 kilos de vestidos de viscosa en distintos tonos.

LA BRECHA DE GAP

P. N. Shamuhasundar dirige Mastro Colours, una pequeña unidad de teñido de calcetería en las afueras de Tirupur. El gobierno estatal le otorgó a él y a otras veinte unidades de teñido un préstamo de 4 millones de dólares sin intereses para modernizar su planta compartida de tratamiento de aguas residuales. Mastro está certificada como “cero descargas de líquidos”, pero el costo adicional de tratar y evaporar ese desecho líquido (en lugar de simplemente verterlo en el río) significa que no puede competir con los teñidores contaminantes.



UN COLOR PELIGROSO: Los impactos de salud de las aguas residuales de las unidades de teñido van desde síntomas agudos, como el dolor de articulaciones y problemas respiratorios, hasta el aumento del riesgo de problemas crónicos, como úlceras y cáncer.

Prithviraj piensa que los consumidores estadounidenses son cómplices. “Pensamos que es un pecado vender una camiseta en 10 dólares”, dice. “¿Es justo que Walmart gane ocho dólares por cada camiseta sin dar nada a los obreros ni al medioambiente?”

Los registros de envíos proporcionados por Datamyne, que da seguimiento a las transacciones de importación-exportación en el continente americano, muestran que entre 2007 y 2011 aumentaron los pedidos de Walmart a compañías de ropa de Tirupur que teñían prendas de vestir en desacato de la orden de cierre emitida por la corte. Tomemos por ejemplo a Balu Exports. En su sitio web, la compañía se describe como “una configuración vertical bajo un mismo techo”. Dos de sus divisiones, Balu Process y Balu Exports Dyeing, son miembros de la Asociación de Teñidores de Tirupur. Y desde 2007, la asociación ha operado en desacato de la orden de la Suprema Corte de India de lograr cero descargas de líquidos residuales.

Walmart no ha respondido las repetidas solicitudes de información realizadas con el paso del tiempo acerca de su dependencia de compañías de teñido tóxicas. En 2015, después de recibir registros de envío detallados y documentación en la que se destaca el estado de operación ilegal de Balu y otras compañías que abastecen a Walmart, Juan Andres Larenas Diaz, director de comunicaciones de asuntos corporativos internacionales, envió una declaración escrita a *Newsweek*: “Nuestra expectativa y uno de los requisitos contractuales para hacer negocios con nosotros, son que nuestros proveedores y sus subcontratistas acaten la ley. Nuestra relación con los proveedores de prendas de vestir en Tirupur siempre se ha basado en su capacidad de satisfacer los estándares de los proveedores y el código de conducta de Walmart”. Pero Diaz no habló de ninguna acusación específica.

Prithviraj dice que sus intentos de comprometer a Walmart se han visto igualmente frustrados. Hablar con Walmart es como “golpear tu cabeza contra una pared”, dice. En lugar de ello, sugirió, debemos tratar de preguntar a algunas “marcas grandes”, Gap, J. C. Penney o Tommy Hilfiger, acerca de sus antecedentes en Tirupur.

Desde hace mucho tiempo, Gap Inc. ha estado en el radar de los activistas ecologistas. Todos los años, la unidad de observación de prendas de vestir de Greenpeace, conocida como la Pasarela de Desintoxicación, clasifica las principales compañías de ropa en tres categorías: ganadores, lavadores verdes y perdedores. Gap Inc. es uno de los “perdedores” más conocidos, con base en la negativa de la compañía de revelar su uso de químicos peligrosos y a su falta de disposición para comprometerse a dejar de usarlos.

Durante los últimos quince años, Gap Inc. ha subcontratado cada vez más su fabricación. La compañía dice que tiene un equipo de campo de cuarenta expertos en sostenibilidad en todo el mundo que realizan visitas anunciadas y no anunciadas a casi todas las fábricas donde se elaboran sus productos. Sin embargo, también ha llegado a utilizar la inspección de otras empresas para garantizar que sus proveedores indirectos, como fábricas y teñidores, se adhieran al código de conducta de la compañía para sus distribuidores. En su Informe de Responsabilidad Social y Ambiental 2011-2012 (el más reciente del que se dispone), Gap admite que no tiene un control directo sobre su cadena de suministro, y las cosas parecen empeorar. En 2005, entre 10 y 24.99 por ciento de sus fábricas en el sur de Asia habían cometido infracciones a los sistemas de gestión ambiental establecidos en el código de conducta para sus distribuidores; para 2012, esta cifra se elevó hasta más de 50 por ciento.

“Si más de 50 por ciento de sus proveedores no cumplen con el código, entonces los temas ambientales no son un factor importante en el proceso de selección de proveedores de Gap”, señala Heather White, experta en cadenas de suministro y miembro del Centro de Ética Edmond J. Safra de la Universidad de Harvard. White añade que, en muchos casos, las fábricas terminan pagando a los auditores para que realicen un informe de inspección, y en esos casos “la calidad de las conclusiones se ve afectada”. Esto se debe a que los auditores tienen mayores probabilidades de conservar sus empleos si las fábricas aprueban las inspecciones. El soborno es común, dice White, aunque no pudo hablar directamente de actividades dentro de la cadena de suministro de Gap.

En última instancia, el problema es que las medidas de acatamiento tomadas por minoristas como Gap, Desigual y la gran cantidad de empresas que adquieren prendas de vestir en Tirupur no tienen en cuenta la complejidad de las modernas cadenas de suministro de ropa. La tela suele elaborarse en una fábrica, es teñida en una segunda instalación (propiedad de la misma empresa matriz) y luego cosida para elaborar prendas de vestir terminadas en una tercera fábrica (que también es propiedad de la empresa matriz). Para un auditor corporativo que revise la fábrica y el producto final sería difícil determinar dónde ha sido teñida la tela. Ni siquiera basta con visitar una instalación de teñido; es fácil que estas empresas subcontraten alguna parte de sus pedidos de teñido a unidades más pequeñas no autorizadas. Y es incluso me-

nos probable que un inspector esté presente cuando las aguas residuales sean tratadas o vertidas directamente en el Noyyal, o desechadas en un campo local en medio de la noche. La auditoría e incluso la aprobación del TNPCB proporcionan poco más que un revestimiento de negación plausible, señala Prithviraj. “Es un sistema muy sofisticado de mentiras”, dice.

Un representante de J. C. Penney, por ejemplo, dijo a *Newsweek* que, “hasta donde sabemos, no parece que J. C. Penney tenga alguna empresa de teñido en esa área”, a pesar de que los registros muestran que, durante años, la compañía ha estado recibiendo remesas de fabricantes verticalmente integrados en el área de Tirupur, entre ellos, Eastman Exports. Eastman operaba en desacato de la demanda de 2007 de la Suprema Corte de India, que ordenaba lograr cero descargas de líquidos residuales durante el tiempo en que realizó envíos a J. C. Penney. Pero debido a que el gigante estadounidense podía comprar a sus divisiones de “acabado”, podía negar plausiblemente tener cualquier conocimiento de las operaciones de teñido ilegales. Eastman no respondió a nuestras solicitudes de realizar comentarios.

De acuerdo con Gap Inc., la situación en el sur de India ha mejorado drásticamente en los últimos años. Su portavoz, Laura Wilkinson, dijo a *Newsweek* que los auditores externos de la compañía eran pagados por el corporativo, y hasta el 30 de junio de 2015, aproximadamente 90 por ciento de las instalaciones aprobadas de la compañía en el sur de Asia tienen un sistema de gestión ambiental. “Reconocemos que hay todavía un largo camino que recorrer”, dice Wilkinson, “y requerirá un esfuerzo sostenido y colectivo para tener un impacto más duradero”.

Muchas de las demás compañías que dependen de las fábricas en el sur y el este de Asia ofrecen promesas similares. “Debido a que operamos en una industria que hace un intenso uso del agua, hemos trabajado activamente para reducir el impacto negativo en el agua en diferentes partes de la cadena de valor durante más de diez años”, señala Ulrika Isaksson, portavoz de H&M. “Nuestro objetivo es convertirnos en el representante de la industria de la moda en temas relacionados con el agua” (H&M es una de las “ganadoras” de Greenpeace; también publica una lista de proveedores, que incluye a fabricantes principales y a proveedores secundarios como teñidores). Otras empresas, como Uniqlo y Tommy Hilfiger, no respondieron a las distintas solicitudes para realizar comentarios.

Gap, para su parte, se ha comprometido a lograr una emisión cero de líquidos en todas las fábricas proveedoras para 2020. Pero aun si cumple la promesa, para muchos agricultores de Tirupur podría ser demasiado tarde.

COCOS PODRIDOS

Cuando regresé a Tirupur en enero de 2015, el dique de Orathupalayam todavía estaba lleno de agua verde y es-



TODO EN UNO: Las grandes marcas de ropa subcontratan la mayor parte de su producción a lugares como Tirupur, donde las prendas de vestir son tejidas, teñidas y terminadas. Aquí, los trabajadores imprimen imágenes en camisetas.

pumosa. Los pocos vecinos que se han quedado en la zona luchan por sobrevivir.

Karuppaiah Subramanyam ha vivido y sido agricultor cerca del dique por años. Desde su casa, pude ver algunos matorrales y unos cuantos cocoteros, pero cuando miré un poco más cerca, el daño fue claro: los cocos, su único cultivo, eran más pequeños de lo normal, y muchos de los que caían de las palmeras ya estaban podridos. La granja de Subramanyam, de siete acres de extensión que ha estado en su familia durante varias generaciones, mantiene las mismas dimensiones que ha tenido siempre, pero ahora se ha vuelto esencialmente inútil. Cuando la industria textil de Tirupur empezó a producir más ropa y desechos líquidos aún más tóxicos, perdió cerca de la mitad de su cosecha, porque su fuente principal de agua se volvió inutilizable. “Ahora sólo podemos practicar la agricultura alimentada por la lluvia”, explica. Antes de 1995, podía sembrar berenjenas, chiles verdes, tomates, arroz, cúrcuma y tabaco. Ahora tiene que comprar todo eso en el mercado, con las pocas ganancias que obtiene de sus desnutridos cocos.

Cuando le pregunté si había recibido alguna compensación por sus pérdidas, sólo sacude su cabeza. Hubo algunos casos penales, pero sólo los propietarios más grandes con la mejor representación legal fueron compensados. Los agricultores más pequeños, como Subramanyam, no obtuvieron nada. Prithviraj dirigió a cuatro mil de estos agricultores excluidos en una apelación ante el Tribunal Superior de Madrás, que al final decidió que todos debían ser indemnizados por la asociación de teñidores por la tierra que se volvió estéril debido al vertido de aguas tóxicas derivadas de la industria textil. Sin embargo, esto representa sólo una fracción de los casi treinta mil agricultores que, según cálculos de Prithviraj, perdieron su medio de vida.

Mientras tanto, las unidades ilegales de teñido continúan surgiendo con regularidad. “Algunas de las nuevas fábricas de teñido están estableciéndose en otras cuencas del río e incluso en las áreas costeras”, dice Prithviraj. Menciona a Cuddalore, un antiguo pueblo marítimo a unos 320 kilómetros al este, donde la contaminación química en algunas áreas ya ha hecho que el riesgo de que los residentes contraigan cáncer en algún momento de su vida aumente al menos dos mil veces en comparación con las personas comunes.

Aun si toda la contaminación cesara inmediatamente, el daño ya está hecho; podría ser imposible limpiar y regenerar el río Noyyal y la tierra que rodea su cuenca, señala Prithviraj. “Tendríamos que regresar veinte años en el tiempo.” **N**
Con información adicional de Aletta Andre y Anil Varghese.

PUBLICADO EN COOPERACIÓN CON NEWSWEEK / PUBLISHED IN COOPERATION WITH NEWSWEEK.